

Domingo 12: Cristo y el Cristiano

Preguntas y Respuestas 31-32

Lectura: Mateo 16:13-28

Salterios:

Primero: 227:1,2

Segundo: 265:1

Tercero: 124:1-6

Cuarto: 241:3

Último: 53:4,5

Querida congregación,

“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Mateo 16:15). Fue una pregunta solemne que se oyó en Galilea, no lejos del Monte Hermón. Después de haber instruido a Sus discípulos durante unos años, el Señor Jesús les pidió el fruto de Su enseñanza: *“¿quién decís que soy yo?”* Entonces, Simón Pedro llegó a esa gloriosa confesión: *“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”* (versículo 16). Pedro tuvo el privilegio de descubrir quién era realmente Jesús. Como representante de los demás discípulos, él confesó a Jesús como el Hijo de Dios y el Salvador, como el Mesías prometido a sus ancestros. ¿No es eso gracia, congregación? ¿No es esa un milagro de la misericordia de Dios?

¿Cómo respondió Jesús? Diciendo: *“Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”* (Mateo 16:17). ¡Oh, ese descubrimiento fue una revelación de Dios! Fue una bendición del cielo. Cristo aseguró eso a Pedro, pero también recibió una tarea especial: *“Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos”* (versículo 19). Pedro fue llamado a servir a Dios en Su reino.

Así, en Mateo 16, versículos 16 al 19, encontramos tres asuntos, los mismos asuntos que encontrarán en la vida de cada verdadero cristiano: en primer lugar, Cristo se revela al pecador en Su gloriosa Persona y en Sus oficios; en segundo lugar, el pecador escogido es unido a Él por una fe dada por Dios; y, en tercer lugar, el pecador es llamado a seguir los pasos de Su Maestro y proclamar Su Nombre, a ofrecerse como sacrificio vivo a Dios, a luchar contra el pecado en este mundo y a vivir con Él para siempre. Estos son los tres puntos que también encontramos en el Domingo 12 de nuestro Catecismo de Heidelberg. Vamos a considerar estos puntos. Que el Señor conceda la unción y poder de Su Espíritu en hablar y en escuchar.

Leemos en el Domingo 12:

Pregunta 31: ¿Por qué se le llama **Cristo**, es decir: Ungido?

Respuesta: Porque fue ordenado del Padre y ungido del Espíritu Santo para ser nuestro supremo Profeta y Maestro, que nos ha revelado plenamente el secreto consejo y voluntad de Dios acerca de nuestra redención, para ser nuestro único y supremo Sumo Sacerdote, quien por el sólo sacrificio de su cuerpo nos ha redimido e intercede continuamente delante del Padre por nosotros, y para ser nuestro eterno Rey que nos gobierna por Su Palabra y Su Espíritu, y nos guarda y conserva la redención que nos ha adquirido.

Pregunta 32: Pues, ¿por qué te llaman cristiano?

Respuesta: Porque por la fe soy miembro de Jesucristo y participante de su unción, para que confiese su nombre y me ofrezca a Él en sacrificio vivo y agradable, y que en esta vida luche contra el pecado y Satanás con una conciencia libre y buena y que, después de esta vida, reine con Cristo eternamente sobre todas las criaturas.

El Domingo 12 se trata de:

Cristo y el Cristiano

1. Un triple oficio
2. Una triple gracia
3. Un triple llamamiento

Repito: Cristo y el cristiano. Lo que encontramos aquí es un triple oficio, una triple gracia y un triple llamamiento.

Primer pensamiento. Un triple oficio.

Congregación, hay muchas similitudes entre el Domingo 11 y el Domingo 12. Ambos hablan acerca del Hijo de Dios. En el Domingo 11, Él es llamado Jesús, que quiere decir “Salvador”, mientras que en el Domingo 12, Él es llamado Cristo, que quiere decir “Ungido”. Estos Nombres se refieren a la misma Persona. El asunto en ambos casos es la liberación de la culpa, del castigo y del pecado. En el Domingo 11 esto se llama salvación. En el Domingo 12, es llamado redención. El Catecismo dice que Cristo revela la voluntad de Dios concerniente a nuestra “redención”, y que Él “nos ha redimido” por el sacrificio único de Su cuerpo.

Sin embargo, aunque encontramos muchas similitudes entre los Domingos 11 y 12, también hay una gran diferencia. Hay algo nuevo en el Domingo 12, algo que, hasta ahora, no había sido revelado. Solo consideren los Nombres del Mediador. Ya lo hemos escuchado: Jesús quiere decir “Salvador” y Cristo (en griego) o Mesías (en hebreo) quiere decir “El Ungido”. Jesús es un Nombre

personal, mientras que Cristo es Su Nombre oficial. Piensen en el Rey David. Podemos decir que él tenía dos nombres. Podemos llamarle “rey”, pero ese no era su nombre personal; se refería a su posición, a su oficio. Dado que David fue llamado a gobernar al pueblo de Israel, se le llamaba rey; sin embargo, su nombre propio y personal era David. Por eso hablamos del “Rey David”. Aquí, en nuestro Catecismo, escuchamos acerca de Cristo Jesús. Cristo es Su Nombre oficial, mientras que Jesús es Su Nombre personal. Esa es la hermosura de Sus Nombres. Jesús realmente es el Salvador porque Él es también el Cristo. Él puede salvar porque ha sido ordenado por el Padre y ungido con el Espíritu Santo.

De manera que la salvación, tal como se retrata en el Domingo 11, fluye de Dios. Ese es el significado especial del Domingo 12. La salvación no es obra del hombre, sino obra de un Dios Trino. No es fruto de los esfuerzos del hombre, sino que viene enteramente de lo alto. Allí tienen la diferencia entre el Domingo 11 y el Domingo 12. Por supuesto, el Domingo 11 no dice que se pueda atribuir la salvación al hombre —en absoluto. Pero en el Domingo 12, queda aún más claro que es totalmente de Dios.

El Domingo 11 preguntaba: “¿Por qué es llamado *Jesús*?” Y la respuesta fue: “Porque nos salva”. Subrayen esa palabra “nos”. El Domingo 12 pregunta: “¿Por qué se le llama *Cristo*?” Y aquí, la respuesta es: “Porque fue ordenado del Padre”. Subrayen el Nombre “Padre”. Es muy importante distinguir entre estos dos Nombres del Mediador: Jesús y Cristo. Ambos Nombres expresan algo de la insondable gloria del Hijo de Dios en Su obra de redimir a los escogidos y librar a un pueblo necesitado, culpable y destinado al infierno. En ambos Nombres hay algo de Su grandeza y gloria.

El Nombre Jesús —permítanme decirlo de manera muy sencilla— el Nombre Jesús le muestra que usted *puede* ser salvo. Él es el Salvador. Pero además, el Nombre Cristo indica *cómo* usted puede ser salvo. Esa es la gran diferencia. El Nombre Jesús dice que aún hay una *posibilidad* de salvación; los pecadores *pueden* ser salvos. El Nombre Cristo dice que hay una *certeza* de salvación; los hijos de Dios *serán* salvos.

Cuando el Señor comienza a obrar en la vida de un hombre o una mujer, de un niño o una niña, un nuevo deseo es implantado en el corazón, un deseo de abandonar los caminos del pecado y vivir para Dios. Ese deseo de vivir una vida piadosa puede ser muy fuerte a veces, pero el hombre es incapaz de llevarlo a cabo. ¿Es esa también su experiencia? Oh, si eso se convierte en realidad, encallamos con nosotros mismos. Entonces comenzamos a ver el pecado donde nunca antes lo habíamos visto. Nos duele profundamente porque nuestro pecado es contra un Dios santo, justo y bondadoso. Nos convertimos en forasteros. Ya no nos sentimos en casa en este mundo, ni tampoco nos atrevemos a considerarnos como uno de los hijos de Dios. Así, nos convertimos en extranjeros en este mundo y forasteros ante el Señor.

¡Cuán grande es entonces cuando se nos abre un camino de escape, un camino donde ya no veíamos ninguno! ¡Qué maravilla es cuando luz resplandece sobre ese Nombre del que hablamos la última vez —qué maravilla cuando el Nombre de Jesús se nos revela y podemos ver que Dios ha provisto salvación en Aquel que descendió del cielo a este mundo pecaminoso! ¡Oh, qué descubrimiento es cuando, por primera vez en nuestra vida, podemos ver que hay un Salvador, hay Uno que vino para buscar y salvar lo que se había perdido! Esto puede darle a un pecador tembloroso tanta esperanza que exclame con gozo: “¡Ahora yo puedo ser salvo! Ahora es posible incluso para mí, aunque soy el peor de los pecadores. Hay salvación para mí porque hay un Jesús, y por medio de Él hay un camino de regreso a Dios.” ¿Conocen algo de ese gozo y esa expectativa? No es raro que las personas que descubren que hay un Jesús vivan en ese estado de felicidad durante bastante tiempo.

Sin embargo, ¿qué ocurre con estas personas que han visto tanto en Él? Su vida interior comienza a desaparecer nuevamente. Esto les hace sentirse confusos y desconcertados. Antes podían orar y cantar de corazón, pero ahora están fríos por dentro. Cuando intentan orar o escuchar en la iglesia, su corazón no está con ellos. Todo se vuelve tan distante que ser salvo se convierte en una imposibilidad. Se sienten tan confundidos que no saben qué pensar de sí mismos. ¿Es, entonces, falso lo que habían experimentado? ¿Es una invención propia, y están totalmente equivocados? Se acuestan con enigmas en sus camas y se sientan con enigmas en la casa de Dios.

Ciertamente, cuando oyen de *Jesús*, su esperanza se aviva por un tiempo. Pero cuando piensan en *Dios*, sus corazones se desmayan de nuevo. Saben demasiado bien que no están reconciliados con Dios y que su pecado y culpa permanecen al descubierto ante el Señor. Sus corazones han estado familiarizados con Jesús, pero se ven atrapados por el miedo cuando piensan en ese Dios justo y santo. ¿Por qué sucede eso? Porque no ven que Jesús es también el Cristo. Les falta luz para ver esa bendita verdad de que Jesús fue ordenado por Dios para ser el Salvador perfecto para los pecadores; sí, que Él fue entregado por el Padre para redimirlos y librarlos. Por eso sus corazones se hunden tan profundamente. ¿Cuál es el remedio? Deben hundirse aún más profundamente. Hasta ahora, no se han perdido bajo la justicia de Dios y nunca han abrazado esa plena salvación en Jesucristo. Por eso intentan mantener viva su alma.

¿Qué hace el Señor ahora? Comienza a sacarlos de esa vida de estados emocionales y sentimientos. Hasta ese momento, era “Él” y “nosotros”; fíjense en esos dos términos en el Domingo 11. Estaban enfocados en Jesús y en ellos mismos, y a veces podían creer que Él podía salvarlos. Pero ahora se hace espacio para esa bendita verdad expresada en el Domingo 12. Ya no es “Él” y “nosotros” sino “Él, de Dios”. La Respuesta 31 dice acerca de Cristo, que Él “fue ordenado del Padre”. Eso es lo que necesitan aprender. Deben ser desarraigados de sus dulces experiencias y, en su lugar, ser dirigidos a Dios.

Ese no es un camino fácil, congregación. Es un camino a través del cual, cada vez más, nos volvemos vacíos e impíos. Los pecados antiguos vuelven con una fuerza doble, aquellos que pensábamos haber conquistado hace mucho, y Jesús queda fuera de la vista. Parece que ya no está allí. Lo que queda no es un hombre o una mujer convertido, sino un pecador pobre y necesitado. Su conversión ha desaparecido; sus dulces experiencias se han desvanecido. Todo está perdido para siempre. Se vuelve una criatura digna del infierno, alguien llevado a firmar su propia sentencia de muerte.

¿Es esto el fin? No, no lo es. El Domingo 12 señala al Salvador y dice que Él es “ordenado del Padre”. Esto excluye todo lo del hombre y exalta a Dios en Su soberana misericordia. Cristo fue ordenado por Dios. ¡Qué maravilla! La salvación no está en el hombre, sino completamente fuera de él. Se halla solamente en Cristo. Él ha sido ordenado del Padre; Él ha sido ungido Rey sobre Sion. Él no solo está *dispuesto* a salvar, sino que ha sido *ordenado* para salvar. Obedecerá a Su Padre; debe cumplir Su deber. Por lo tanto, ninguno de los que le han sido dados puede perderse.

Cuando los hijos de Dios pueden ver algo de esto, el ancla de su barco se fija en el suelo inamovible del beneplácito del Padre. Su barca no puede anclarse en el suelo inestable de sus sentimientos y estados emocionales, sino solamente en la perfecta obra de Cristo. “*Sobre Cristo, la Roca sólida, estoy en pie; todo lo demás es arena movediza*”¹. Él es el Poderoso sobre el cual el Padre ha puesto el socorro. Él es el exaltado de entre el pueblo. Su Nombre es Jesús. Él asumió carne y sangre de la virgen María. En ese sentido, vino de abajo. Pero, en realidad, Él vino de arriba. Él es el Cristo, el eterno Hijo del Padre. Él ha sido ordenado por Dios y ungido con el Espíritu Santo para cumplir Su obra de Profeta, Sacerdote y Rey.

Quizá usted se pregunte: “¿Puedo aún ser salvo? ¿Será posible para tal monstruo de iniquidad?” La respuesta es: “Sí”, porque Su Nombre es Jesús. “¿Cómo puedo ser salvo?” Aquí está la segunda respuesta: Su Nombre es Cristo. Eso quiere decir que Él fue ungido a un triple oficio. Es Su obra *proclamar* la redención como Profeta, *obtener* la redención como Sacerdote, y *preservar* en el gozo de esa redención a su pueblo como Rey eterno.

Así que, en primer lugar, Él es nuestro Profeta supremo y Maestro, ordenado y ungido para revelarnos el consejo secreto de Dios acerca de nuestra redención. Así lo dice el instructor. Hay un plan divino para redimir a pecadores caídos. Este plan fue diseñado en la tranquilidad de la eternidad. El Padre lo pensó porque era Su gozo glorificarse a Sí mismo. Sin embargo, ese propósito eterno de Dios yacía escondido en el seno de la eternidad. Y tenía que ser revelado. Aquí es donde entra Cristo. Su tarea es, primeramente, dar a conocer ese consejo secreto del Padre y revelar Su voluntad.

¹ Original: “On Christ the solid Rock, I stand; all other ground is sinking sand”. Himno inglés.

Nuestros hijos saben que, en los tiempos del Antiguo Testamento, el Señor envió profetas para instruir al pueblo. Llamó a hombres para proclamar Su Palabra. En realidad, era Cristo quien hablaba a través de ellos. Era ese Profeta supremo quien ya había revelado algo del consejo secreto de Dios acerca de la redención del hombre. Sin embargo, Él mismo tenía que ser revelado. Esto sucedió cuando el Señor Jesús vino a este mundo. Vino para testificar de las cosas que había visto y oído. *“A Dios nadie lo vio jamás”,* dice Juan; *“el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer”* (Juan 1:18). El Hijo de Dios estuvo en el consejo de Su Padre. Por lo tanto, Él es capaz de ser ese supremo Profeta y Maestro *“para saber sostener con palabras al cansado”* (Isaías 50:4).

Es una bendición cuando podemos tener un maestro que exponga la Palabra de Dios a nosotros. Sin embargo, no piensen de un maestro terrenal cosas muy elevadas. Es solo un instrumento. Cuando el Señor lo detiene en su camino de pecado, comienza a ver a los hijos de Dios con ojos diferentes. Los ve caminando como árboles. Los considera como ángeles o santos. Siente tanto respeto por ellos y se llena de celos, en el buen sentido. A veces, cuando ve a los siervos de Dios, casi no se atreve a acercarse a ellos. Sin embargo, son solo instrumentos. Nunca lo olvide. El Señor Jesucristo es el Profeta supremo y Maestro. Es Él quien manda a Sus siervos para instruir a los pecadores en el camino de salvación, y es Él quien bendice Su enseñanza por el Espíritu Santo.

Congregación, somos tan ignorantes y necios. Somos tan ciegos a los caminos celestiales. Como resultado de nuestra profunda caída en Adán, nuestra mente se ha entenebrecido. Por eso escuchamos, pero no entendemos; vemos, pero no percibimos. Podemos sentarnos en la iglesia y recibir instrucción, pero sin la gracia salvífica de Dios, permanecemos iguales. Somos tan sabios en nuestra propia opinión y demasiado tercos para inclinarnos ante el Señor. Sin embargo, el Señor viene a nosotros y nos habla. ¡Qué gran responsabilidad! *“Mirad que no rechacéis al que habla”* (Hebreos 12:25). *“¿Cómo escaparemos nosotros, si tuviéremos en poco una salvación tan grande?”* (Hebreos 2:3).

Oh, queridos jóvenes, pidan un lugar en la escuela de Cristo. Si reciben ese lugar, no se van a graduar con honores. No, fallarán en todo. Volverán a casa con un gran cero en su boleta de calificaciones, una y otra vez. Pero en esa escuela aprenderán algo que no aprenderán en ningún otro lugar del mundo, algo que les hará ricos en Dios y sabios para la salvación. Esa escuela del Señor Jesús es la mejor escuela a la que jamás podrán asistir. ¿Por qué? ¡Porque Él es el mejor Maestro! No hay instructor como Él. No hay Profeta como Jesús. Pídanle un lugar humilde ante Sus pies. Pídanle también un oído que escuche y un corazón atento.

Congregación, somos oyentes tan pobres, y siempre levantamos objeciones a lo que dice el Señor. Sin embargo, cuando el Hijo de Dios habla con poder, los muertos oirán Su voz. Entonces no nos volvemos cada vez más sabios, sino cada vez más necios e ignorantes. Entonces

necesitamos ser instruidos en el camino de la liberación. Sin embargo, este Profeta es también Sacerdote y Rey. Él es poderoso para redimir y librar. ¿No es eso una maravilla? Supongan que alguien es cojo y ciego. Usted le puede decir por cuál camino debe andar; sin embargo, siendo ciego, no puede *ver* el camino y, siendo cojo, no puede *ir* por ese camino. Alguien cojo y ciego necesita más que información. Necesita que alguien le conceda luz, necesita que alguien lo tome y lo lleve por ese camino. Así es con un pecador ciego, cojo y culpable. Necesita a Aquel que se llama “*el camino, la verdad, y la vida*” (Juan 14:6).

Cristo no es solo nuestro “supremo Profeta y Maestro”, nuestro Catecismo dice que Él es también “nuestro único Sumo Sacerdote”. Él es Aquel que “por el sólo sacrificio de su cuerpo nos ha redimido e intercede continuamente delante del Padre por nosotros”. ¿Lo escuchan? Cristo es el Sumo Sacerdote que hizo algo a nombre de Su pueblo. Se ofreció a Sí mismo y glorificó a Su Padre. Él apaciguó la ira de Dios. Él ha expiado por Su pueblo, y ahora ora por ellos.

Ese es el mensaje particular del Domingo 12. No hay solo un Jesús, sino que este Jesús es el Cristo. Él salva eficazmente a Su pueblo. Los redimió cuando murió en la cruz de Calvario. También los libraré. Hay más que solamente una *posibilidad* de salvación. Los Remonstrantes también hablan de una posibilidad, pero el hombre (según ellos) tiene que utilizar su así llamado libre albedrío para hacer buen uso de esa posibilidad. El Domingo 12 habla de una *certeza* de salvación porque el rescate ha sido pagado por los escogidos. Se ha colocado un fundamento firme en la sangre de Cristo. La justicia de Dios ha sido satisfecha. No hay nada más que pueda impedir la salvación de la iglesia. “*Sion será rescatada con juicio, y los convertidos de ella con justicia*” (Isaías 1:27).

Cristo no solo *murió* por Su pueblo; Él también *ora* por ellos. Está a la diestra del Padre para interceder por la iglesia. Su intercesión continúa incluso cuando ellos no pueden orar, cuando no se atreven a orar, o, cuando, en profunda angustia, ni siquiera quieren orar. ¡Cuán firme es ese fundamento! Cristo no está solamente rogando un favor de Su Padre; Él puede *exigir* una respuesta de Él. Él dice: “*Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo*” (Juan 17:24). Él aboga por su causa y la lleva a término. ¡Qué maravilla para pecadores dignos de la muerte y el infierno! ¡Él es el único Sumo Sacerdote, y, además, uno perfecto!

Pero aún hay más. El Catecismo llama a Cristo “nuestro eterno Rey que nos gobierna por Su Palabra y Su Espíritu, y nos guarda y conserva la redención que nos ha adquirido.” También para tal fin Él ha sido ordenado y ungido. El Padre mismo dijo: “*Mas yo he puesto a mi rey sobre Sion, mi santo monte*” (Salmo 2:6). Cristo es el Salvador resucitado. Él es el Emanuel glorificado que ha sido exaltado para sentarse a la diestra del Padre. Él es la Cabeza de la iglesia. Él es el Rey de reyes y el Señor de señores. Él libra a siervos de Satanás del poder del mal. No solamente los atrae y los recoge, también los preserva. Nadie puede arrebatarse a Sus ovejas de Sus manos. Él

los protege en la batalla de la vida y los preserva en el gozo de esa eterna salvación. Él gobierna a Sus súbditos por Su Palabra y Espíritu, y dice: *“Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”* (Mateo 28:20).

Querido oyente, ¿ya se ha convertido en súbdito de este Rey de gracia? ¿Es Él su Profeta supremo? ¿Es Él su único Sacerdote? ¿Es el su Rey eterno? Por naturaleza, no somos sus súbditos. Debe ocurrir un milagro, el milagro que denominamos el “milagro de una triple gracia”.

Segundo pensamiento. Una triple gracia.

¿En qué consiste esa triple gracia? Solo lean la respuesta a la Pregunta 32. La pregunta es: “¿Por qué te llaman cristiano?” La respuesta dice: “Porque por la fe [este es el primer punto] soy miembro de Jesucristo [este es el segundo] y participante de su unción [este es el tercero]”. En otras palabras, aquí tenemos una triple gracia: ser, por la fe dada por Dios, un miembro de Cristo, y así un participante de Su unción.

Quizá se pregunte: “¿Pero de dónde viene esa segunda pregunta del Domingo 12? Los Doce Artículos de nuestra fe cristiana solo hablan acerca de Cristo y no acerca del cristiano. ¿Por qué, entonces, hablan los autores del Catecismo también acerca del cristiano?”

La respuesta es sencilla. Cristo y el cristiano no pueden ser separados. ¿No son ellos el Esposo y la esposa? ¿No se pertenecen el Uno a la otra? Si un hombre y una mujer son unidos por el lazo inquebrantable del matrimonio, casi no se puede hablar del hombre sin ver a su esposa a su lado; casi no se puede pensar en la mujer sin también pensar en su esposo. Se pertenecen el uno al otro. Forman una unidad. ¿Cómo, entonces, podemos hablar de Cristo sin pensar también en Su esposa espiritual? A veces un matrimonio terrenal puede terminar en un divorcio. Eso es muy triste, en particular para los niños que nacen de esa unión. Sin embargo, lo que puede suceder con un matrimonio terrenal nunca sucederá con ese matrimonio espiritual. El amor del Esposo celestial es infinito. ¡Cuán hermosamente se expresa esto, por ejemplo, en el libro de Oseas! El Señor es tan fiel para un pueblo infiel. Nunca los abandonará. Los buscó por un amor unilateral, y también los guardará hasta el final. Así que, al momento que usted habla del Señor Jesucristo, también tiene que hablar de Su pueblo. Él es el Esposo, y ellos son la esposa. Él es la Vid, y ellos los pámpanos. Él es la Cabeza del cuerpo, y ellos los miembros. Nuestra liturgia para la Administración de la Cena del Señor dice que el Espíritu Santo mora en Él como en la cabeza y en todos los verdaderos creyentes como en Sus miembros.

Congregación, ¿es cierto esto también acerca de nosotros? Podemos saber mucho acerca de la Biblia y hablar mucho acerca de Jesús, pero ¿lo conocemos por una fe verdadera y viva? ¿Lo necesitamos? ¿Nos hemos convertido en miembros de Cristo y participantes de Su unción? Recuerden que debemos llegar a ser cristianos en el sentido profundo de la palabra —es decir,

miembros de Él y de Su cuerpo. Ese es el gran asunto. Ese es lo que nuestro Catecismo enfatiza en la Pregunta y Respuesta 32: “Pues, ¿por qué te llaman cristiano?” La pregunta no es: “¿Por qué a *su prójimo* le llaman cristiano?” o “¿Por qué a *esa mujer piadosa* le llaman cristiana?” La pregunta es: “¿Por qué *te* llaman cristiano?” Es una pregunta personal entre Dios y su alma, y debe ser contestada de forma honesta.

Uno podría preguntar: “¿Cómo me convierto en un miembro de Cristo?” La respuesta es: “Por el Espíritu Santo y por la fe.” Del lado de Dios, es por el Espíritu Santo; del lado del hombre, es por la fe. Nuestro Catecismo dice: “por la fe soy miembro de Jesucristo y participante de su unción”.

Queridos jóvenes, en el Salmo 133 leemos acerca de Aarón. Él era el sumo sacerdote del antiguo pacto. Cuando fue ungido con aceite, descendió sobre su barba hasta el borde de sus vestiduras. Esa es una imagen de Cristo como el gran Sumo Sacerdote. El aceite es una metáfora del Espíritu Santo. Cuando alguien era ungido en el Antiguo Testamento, era apartado para una tarea especial y equipado por el Espíritu de Dios. El Salmo 133 nos muestra que Cristo obtuvo el Espíritu Santo. Lo pagó con Su sangre. En el día de Pentecostés, Él recibió el Espíritu no solo para Sí mismo sino para Su pueblo, para aquellos que son los miembros de Su cuerpo. Habiendo obtenido el Espíritu de Su Padre, lo derramó sobre Sus discípulos y sobre tres mil personas a la vez.

¿Ha ocurrido ya eso en su vida? Cuando la unción del Espíritu de Dios desciende sobre un hijo vil y abominable de Adán, todo comienza a cambiar. Los pecadores muertos cobran vida por el Espíritu de Cristo, por esa dulce y poderosa fragancia de Su gracia. Oh, ¿no pedirá usted una pequeña gota de ese óleo celestial? Es así como usted se convierte en un miembro de Cristo y participará del grato olor de Cristo. Ese Espíritu puede obrar fe donde no hay nada más que pecado, dureza e incredulidad. Él puede llevar a esa gloriosa confesión de Cristo y a esa bendita seguridad del Domingo 12: “por la fe soy miembro de Jesucristo y participante de su unción”.

El apóstol Juan escribe en su primera epístola: “*Mas vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas*” (1 Juan 2:20). “La unción del Santo” es otra expresión para el Espíritu de Dios y de Cristo. Cristo mismo es el Ungido en un sentido especial. ¿Por quién fue ungido? En primer lugar, ¡por Su Padre celestial! Sabemos que también fue ungido por algunas personas aquí en la tierra. Leemos, por ejemplo, de una mujer en Lucas 7 que ungió los pies del Señor Jesús. Sin embargo, Cristo es llamado “El Ungido” porque, primeramente, fue ungido por Su Padre en la tranquilidad de la eternidad. Ahora el aceite de Su Espíritu está goteando sobre Su pueblo, sobre los pequeños y sobre los grandes. Es Jesucristo quien unge a los pecadores con el Espíritu Santo.

Ese es el secreto detrás de esas palabras del Domingo 12. A un hijo de Dios le es concedido hablar aquí de “*nuestro* supremo Profeta y Maestro, *nuestro* único Sumo Sacerdote y *nuestro* eterno Rey”. ¿Lo escuchan? Es el lenguaje de la fe. Es también el lenguaje del amor y la obediencia. Aquí encontramos a un verdadero creyente que conoce a Cristo como Aquel Profeta que conquistó su corazón por la majestad de Su Palabra; que lo conoce como Aquel Sacerdote que expió sus pecados y ora por él, llevándolo a inclinarse ante Dios y probar la paz y el perdón en Su preciosa sangre; que lo conoce también como Aquel Rey que lo restaura a la comunión con Dios y le da la vida eterna.

Oh, ¡cuánta abundancia de dones hay en Cristo! ¡Cuán glorioso es Aquel de quien la esposa dijo: “*Y todo él deseable*” (Cantares 5:16)! Cristo no solo tiene un *triple oficio*, Él también concede una *triple gracia*. De esa gracia la iglesia puede cantar, y deseamos hacerlo juntos, del Salterio 241:3.

* * * * *

Tercer pensamiento. Un triple llamamiento.

El Domingo 12 habla acerca de Cristo y el cristiano. Hemos escuchado sobre un triple oficio y una triple gracia. Finalmente, hay un triple llamamiento —un llamamiento para aquellos que son miembros de Cristo y participantes de Su unción. ¿Qué es ese triple llamamiento? Es “para que confiese su nombre y me ofrezca a Él en sacrificio vivo y agradable, y que en esta vida luche contra el pecado y Satanás con una conciencia libre y buena y que, después de esta vida, reine con Cristo eternamente sobre todas las criaturas.”

Lo que encontramos aquí, congregación, es el triple oficio de Adán en el Paraíso restaurado. Leemos en el Domingo 3 que el hombre fue creado para conocer rectamente a Dios, para amarlo de todo corazón y para vivir con Él en dulce bienaventuranza eternamente. Así, el hombre fue llamado a conocer a Dios como un pequeño profeta; a amarlo como un pequeño sacerdote; y a reinar con Él para siempre como un pequeño rey. Pero, ¡ay! Todo esto ahora se ha perdido. Desde que nos apartamos de Dios y caímos bajo el dominio del diablo, no queda nada de todo ello. No hay nada más de esos tres oficios. *Si* el hombre sigue siendo aún un profeta, es un profeta mentiroso, un falso profeta. *Si* se le puede llamar sacerdote, es un sacerdote que sacrifica a sus propios deseos y sirve a sus propios intereses. Y *si* aún es un rey, es un falso rey que, de hecho, es esclavo del pecado y de Satanás.

Sin embargo, en el Domingo 12, encontramos de nuevo esos tres oficios, los cuales resplandecen en Cristo el Salvador de una forma mucho más gloriosa. Él es el Profeta supremo que instruye a los pecadores en el camino correcto. Él es el único Sumo Sacerdote que ha expiado los pecados de Su pueblo y que intercede por ellos. Y Él es el Rey eterno que libera a Sus súbditos y los preserva en la batalla. Todo es obra Suya; Él lo hizo por ellos como su Fiador y Mediador.

Pero, Su obra salvadora no quedará sin efecto en las vidas de los hijos de Dios. Es por el poder de la unción del Espíritu Santo que ellos se convierten en miembros vivos de Cristo. Bebiendo de las fuentes de salvación y santidad, no pueden permanecer siendo los mismos de siempre. Usted puede ver en la vida de alguien que ha sido convertido que es diferente. No es simplemente un cambio en lo externo; es un cambio interno.

Jóvenes, espero que puedan vivir de tal manera que, cuando el Señor los convierta, no necesiten cambiar toda clase de cosas externas. Espero que no tengan que lamentar una vida desperdiciada. Espero que siempre puedan andar conforme a la Palabra de Dios. Quizá los llamen piadosos y ustedes mismos se sientan hipócritas, pero no tendrán que lamentar los pecados que no han cometido. Pero incluso si viven de una manera seria, su corazón debe ser renovado. Eso sucede cuando el Señor los convierte. Entonces, experimentarán: “Yo fui ciego, mas hoy puedo ver.” Es como si tuvieran una Biblia diferente. Entonces su vida comienza a cambiar. Puede que ustedes mismos no lo noten, pero otros ciertamente lo verán en ustedes.

El Espíritu de Cristo moldea a un pecador de tal manera que, una vez más, comienza a llevar la imagen de Dios, aquella imagen que perdió en el Paraíso. De este lado de la tumba, nunca será perfecto, pero, en principio, *“las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas”* (2 Corintios 5:17). Cualquiera que está en Cristo es una nueva criatura. Cristo convierte a pecadores en cristianos. Los hace profetas, sacerdotes y reyes. Los moldea según Su propia imagen.

Tales vuelven a ser profetas. Quizá no hayan ido al colegio o a la universidad, pero son verdaderos profetas. Son más sabios que personas que han estudiado mucho y, hasta ahora, no saben nada de la gracia. El conocimiento celestial les es impartido a ellos. Hablan con majestad y poder, expresando palabras que les han sido enseñadas por el Espíritu Santo. Es su llamado confesar el Nombre de Cristo, y, a veces, *deben* hablar. Entonces anuncian *“las virtudes de aquel que [los] ha llamado de las tinieblas a su luz admirable”* (1 Pedro 2:9).

Ese es el primer llamado mencionado aquí: “para que confiese su nombre”. El Señor dice: *“Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas anunciarán”* (Isaías 43:21). ¿Es esa la práctica de nuestra vida? ¿Confesamos Su Nombre? ¿O nos escondemos? ¿Actuamos como camaleones? Congregación, seamos honestos, nos avergonzamos muy fácilmente. Jóvenes, cuándo les preguntan qué han hecho el domingo, ¿se atreven a decir la verdad? ¿Responden sin sonrojarse? ¿Es una desgracia para ustedes ir a la casa de Dios y recibir instrucción del Rey de reyes?

Oh, hay un llamado para cada uno de nosotros de hablar con y advertir a nuestro prójimo. Quizá usted diga: “Soy inconvertido; es difícil para mí hablar de tales cosas”. Bueno, arrodílese y pida al Señor por conversión. Hay razón para avergonzarnos de nosotros mismos y buscar fuerza de lo

alto. Es nuestro deber confesar Su Nombre. Llevamos la señal del pacto de Dios en nuestras frentes, y eso debería ser visible día tras día.

Hay un segundo llamado. ¿Qué más requiere el Señor de mí? Nuestro Catecismo dice que: “me ofrezca a Él en sacrificio vivo y agradable”. Debo ofrecerme *a mí mismo* —no, en primer lugar, mi dinero u otra clase de cosas materiales. Eso vendrá por sí solo si nuestro corazón ha sido tomado por Dios. Cuando el Señor tiene nuestro corazón, Él también tiene nuestras manos, nuestra cabeza, nuestra casa, nuestras posesiones, nuestra billetera —todo.

En los días del viaje por el desierto, Moisés exclamó: “*Quién diera que todo el pueblo de Jehová fuera profeta*” (Números 11:29). Muchos siglos después, Joel prometió: “*profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas*” (Joel 2:28). En el día de Pentecostés, se cumplió esta promesa. A los jóvenes y a los ancianos se les concedió compartir las bendiciones que Cristo había obtenido para los pecadores. Comenzaron a hablar de las grandes obras de Dios y, también, a presentarse como sacrificios vivos al Señor.

Un sacrificio vivo no es un sacrificio de expiación. Fue Cristo quien trajo el perfecto sacrificio por el pecado en el Gólgota. Sólo Él lo pudo realizar. El Catecismo, sin embargo, habla de un sacrificio de gratitud. Juan pudo decir: “*Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero*” (1 Juan 4:19). Si eso resuena en nuestro corazón, desearemos presentarnos como un sacrificio de gratitud. Hijo de Dios, su llamado es ser sacerdote. ¿Qué quiere decir eso? Significa que usted debe orar por los demás, incluso por sus enemigos, y bendecir aún a aquellos que le maldicen. ¿Es eso difícil? Sí, es difícil; es imposible. Sin embargo, el Espíritu de Cristo puede enseñarle las cosas que van en contra de nuestra naturaleza malvada. Él les da el deseo de glorificar al Dios vivo. ¿Es también esta nuestra vida, congregación? Es solamente posible cuando hay comunión con Aquel que es el Profeta supremo, el único Sumo Sacerdote y también el Rey eterno.

El tercer llamado tiene que ver con la realeza de Cristo. Renovado por el Espíritu de Cristo, el verdadero cristiano también es llamado a ser un rey. Esto se expresa en las últimas palabras del Domingo 12: “y que en esta vida luche contra el pecado y Satanás con una conciencia libre y buena y que, después de esta vida, reine con Cristo eternamente sobre todas las criaturas.”

Cuando, en tiempos pasados, alguien era convertido y ya no podía ocultarlo, los hijos de Dios más experimentados solían decir: “Bienvenido a la lucha”. ¿Pueden decírselo también a usted? La vida cristiana es una vida de lucha; es una batalla continua contra el pecado y Satanás. Esos soldados espirituales tendrán que luchar esta guerra hasta su último aliento, pero entonces estarán con el Señor para siempre y vivirán con Él en eterno gozo.

Aquí ya son más que vencedores por medio de Aquel que los amó, pero les espera una victoria eterna. Algún día, la iglesia militante se convertirá en la iglesia triunfante. Ese es el futuro para

todos los escogidos de Dios. Aquí, a veces, son gravemente heridos. Aquí, son derrotados muchas veces. En lugar de vencer al pecado, con frecuencia son vencidos por el pecado, el mundo, su propia carne y las tentaciones del diablo. Pero el fin se acerca, pueblo de Dios, y entonces podrán descansar por los siglos de los siglos.

Querida congregación, “¿Por qué te llaman cristiano?” Hemos escuchado la respuesta de un verdadero cristiano. ¿Puede usted dar la misma respuesta por gracia? Sea honesto. Todos somos cristianos en un sentido externo. No somos paganos. Pero, ¿somos solamente cristianos de nombre o somos cristianos de verdad y con sinceridad? ¿Somos miembros de Cristo por la fe y participantes de Su unción?

En la Biblia se utiliza tres veces la palabra “cristiano”. Según Hechos 11, fue en Antioquía donde por primera vez los discípulos fueron llamados cristianos. ¿Por qué lo hicieron los de afuera? ¿Fue para distinguirlos de los judíos, o fue solamente un nombre de burla? No lo sabemos, pero una cosa es segura: no se llamaban cristianos *a sí mismos*. Otros lo hicieron —otros que vieron a Cristo en ellos. Piensen en ello. Hoy en día, a muchos se les llama cristianos, cuando pueden andar mano a mano con el mundo sin dificultad. En Antioquía era diferente. Los de allí realmente eran miembros de Cristo por la fe, y participaban del poder de Su unción. Esas personas eran cristianas porque llevaban la imagen de Cristo.

Lleven este mensaje a sus hogares, congregación. Arrodíllense en sus cuartos y reflexionen sobre estas dos preguntas: “¿Qué piensa de Cristo?” y “¿Por qué le llaman cristiano?” Que el Señor conceda la gracia que renueva el corazón para que usted pueda repetir la respuesta del Domingo 12 desde lo más profundo de su corazón. Amén.

Salterio 53:4,5